

Noticias del Fondo Greimas de Semiótica

Siguiendo la modalidad adoptada en las últimas *Noticias*, presentamos, en primer lugar, notas críticas de las obras que recientemente se han incorporado a nuestro acervo bibliográfico. A continuación, habiendo escogido del *Fondo* una obra adquirida hace tiempo y no reseñada en esta publicación, actualizamos para los lectores de *Tópicos*, un conocimiento que no ha perdido vigencia y que está siempre a su disposición en la biblioteca del *SeS*. También proporcionamos, como en la ocasión anterior, informaciones varias sobre actividades editoriales y eventos académicos relativos a la semiótica, las ciencias del lenguaje y disciplinas afines.

Así, en el apartado de *Reseñas*, Roberto Flores, investigador y docente de la ENAH, toma a su cargo una notificación razonada y reflexiva del libro *Régimes sémiotiques de la temporalité. La flèche brisée du temps*, editado por D. Bertrand y J. Fontanille.

Por su parte, Raymundo Mier, investigador y docente de la UAM-Xochimilco y de la ENAH, reseña el libro *La risa y el quebranto*, de Natalia Radetich.

En *De las adquisiciones del Fondo*, Víctor Ruiz, becario del Programa de Semiótica y Estudios de la Significación, informa,

sinécticamente, de una publicación francesa coordinada por Anne Hénault y Anne Beyaert: *Ateliers de sémiotique visuelle*.

De la misma manera, Linén Rojas, becario del mismo Programa, da cuenta de una breve y valiosa publicación, la cual, a pesar de no haber aparecido recientemente, es desconocida por muchos semiotistas. Nos referimos a *Testemunhos*, una suerte de cuaderno artesanal que contiene un manuscrito inédito de A. J. Greimas.

Dentro de las *Actividades académicas y editoriales* se informa, por un lado, de eventos que nos conciernen y que han sido realizados durante 2007 y, por otro, de la labor editorial de PULIM, tan provechosa para nuestra especialidad.

Luisa Ruiz Moreno

Reseñas



Denis Bertrand y Jacques Fontanille (eds.), *Régimes sémiotiques de la temporalité. La flèche brisée du temps*. París : PUF, 2006, 284 pp.

Acerca de la temporalización

Víctima de los excesos del estructuralismo, que privilegió inconsideradamente el reconocimiento de estructuras acrónicas, la temporalidad parecía situarse exclusivamente en el ámbito de las estructuras de superficie, dentro del recorrido generativo de la significación. En el *Diccionario*,¹

¹ A. J. Greimas y J. Courtés, *Semiótica. Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*, Madrid, Gredos, 1982, entrada “Temporalización”.

se reconocían tres componentes de la temporalización: la *localización temporal*, responsable de situar los sucesos y acciones con respecto al tiempo enunciativo; la *aspectualización* que, por intervención del observador, transforma los enunciados narrativos en procesos dotados de un desarrollo durativo, susceptible de ser organizado en fases secuenciales y la *programación temporal*, responsable de convertir el orden presuposicional de los programas narrativos en orden temporal y “pseudo-causal”. De estos componentes, quizá por influjo de modelos lingüísticos que, en la práctica, restringen la temporalidad a la morfología temporal del verbo, fue la localización temporal la que concentró mayoritariamente la atención. A pesar de esta reducción, la aspectualidad empezó a cobrar cada vez mayor importancia: una aspectualidad, sin embargo, rudimentaria, que se centraba alrededor de la triada que distingue entre incoativo, durativo y terminativo, sin llegar a desplegar totalmente las potencialidades de la categoría. Más marginal aún fue el examen de la secuencialidad discursiva, quizá por la desconfianza hacia una descripción del discurso que siguiera el curso de la progresión narrativa, de los antecedentes a los consecuentes, y que cayera bajo el influjo de una concepción ingenua del discurso en términos de relaciones causales.

El acercamiento al tiempo, planteado en el *Diccionario*, descansaba en una concepción lógico-semántica de la significación, en la flecha del tiempo y su partición en tres épocas o momentos —pasado, presente y futuro— y se anclaba casi exclusivamente en el nivel discursivo del recorrido generativo de la significación. Había que esperar la aparición de nuevas temáticas en el horizonte de la investigación para poder abordar de manera menos restrictiva la temporalidad. Una atención más sostenida y amplia a la significación como hecho dinámico, a la aspectualidad, al reconocimiento de una gran variedad de figuras temporales —en especial, la memoria y las facetas sensibles de la experiencia del tiempo—, y el tratamiento de las categorías semióticas a la luz de la *praxis* enunciativa, responsable del sur-

gimiento y devenir de las formas de vida tornaron patente la necesidad de realizar un “inventario razonado”² (aunque fuera parcial) de figuras del tiempo que permitieran a la semiótica analizar tanto el tiempo en las dos dimensiones de su significación: es decir, reconocer y describir, por una parte, el efecto de sentido / tiempo/ inscrito tanto en los recorridos narrativos como en diferentes figuras y motivos y, por la otra, estudiar el sentido mismo del *tiempo* a partir de sus posibles articulaciones, así como desde su fundamento sensible: es decir, tomar en cuenta que el tiempo es, a la vez, contenido y expresión, así como una multiplicidad de efectos de sentido por analizar y una categoría analítica. De esta manera se configuraba un doble acercamiento a la semiótica del tiempo: uno antropológico y otro “filosófico”; uno centrado en la diversidad y la alteridad, mientras que el otro se preocupa por la unidad de la categoría e, incluso, por su posible universalidad.

El título mismo del libro aquí reseñado, *Regímenes semióticos de la temporalidad*, volumen colectivo dirigido por D. Bertrand y J. Fontanille, lo engarza en el proyecto semiótico en su conjunto, pero también da cuenta en el subtítulo, *La flecha rota del tiempo*, de un cambio sustancial de perspectiva: su alejamiento con respecto a una concepción lineal y unidireccional del tiempo. En su lugar surge la necesidad de emprender la tarea de reconocer la diversidad de figuras temporales y su papel rector en el discurso.

La estructura del libro

El libro se organiza en tres grandes apartados, el primero de los cuales plantea el lugar del tiempo en el lenguaje, sus instancias de manifestación; el segundo, la confrontación dinámica que se esta-

² Presentación del seminario 2002-2003 del Seminario Intersemiótico de París. El libro recoge los resultados de un programa colectivo de investigación realizado a lo largo de dos años (2001-2002 y 2002-2003) en el seno de dicho seminario.

blece entre dichas instancias, sus tránsitos continuos y sus transformaciones discontinuas; el tercero, el papel rector de las figuras del tiempo en la constitución de las axiologías y las formas de vida.

¿Dónde se ubica el tiempo en el lenguaje? Como consecuencia de esta pregunta surge otra: ¿de qué tiempo se trata?, con la posibilidad (que de hecho se verifica) de que se trate de varios tiempos. Ya desde el planteamiento general de la temática se producen múltiples entrecruzamientos entre: por una parte, el tiempo en la enunciación y el tiempo del enunciado, sea como expresión o como contenido; por la otra, entre un tiempo soporte existencial y un tiempo contenido experiencial y, por último, entre el tiempo significado y la significación del tiempo.

La primera parte va más allá del planteamiento lingüístico tradicional que hace de la temporalidad un mero asunto de localización con respecto al acto de habla, que sirve de punto absoluto de referencia. El tiempo no sólo es una cuestión deíctica, sino que atañe a la constitución misma del lenguaje, trátase de la lengua (véase el papel de la diacronía) o del habla (considérese la linealidad [M. Arrivé]). Es una categoría conformada por múltiples y variadas manifestaciones, sujeta a la diversidad de las culturas que, sin embargo, nos brinda el sentimiento profundo de su unidad y universalidad: es un índice con el que se hace referencia y una cualidad icónica que condiciona el despliegue y la manifestación misma de las formas semióticas (J. F. Bordron). Desde su arranque, el tiempo de la enunciación asume, además de su papel deíctico, un papel regulador de lo que, en el discurso, está por venir: promotor y guía de la secuencialidad o de un simple amontonamiento, el tiempo del discurrir juega un papel anafórico o catafórico y establece la velocidad de su flujo (B.-N. Grunig).

El imperfecto es un tiempo verbal que ha dado lugar a múltiples discusiones en torno a su valor temporal.³ Con la contribu-

³ Cf. H. Weinrich, *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*, Madrid, Gredos, 1974.

ción de G. Kleiber en torno a esta casilla temporal, va quedando claro que el tiempo, como expresión lingüística, no sólo es campo de la *deixis*, sino que también vehicula valores pragmáticos. De hecho, para otros autores, la semántica de los tiempos verbales se ve sujeta a cuestionamientos, algunos radicales:

si on applique au pied de la lettre la définition généralement proposée du « temps linguistique » comme localisation du procès par rapport au moment de l'énonciation et qu'on analyse objectivement les données linguistiques, alors la seule conclusion possible est que dans aucune langue les formes verbales n'ont une valeur intrinsèquement temporelle.⁴

Aún si se modera la expresión de Creissels queda claro que los tiempos verbales admiten sentidos no temporales: ¡qué hacer si no con la forma del presente en español cuyo uso menos frecuente es el que expresa la coincidencia con el momento de enunciación!⁵

El imperfecto no sólo es anáfora o tiempo del inactual sino que, en su empleo en las formas introductorias del cuento popular de tradición oral (*Había una vez...*) da cuerpo e identidad al propio cuentero (T. Charnay). El cuerpo es, pues, una instancia del tiempo abierta a sus tres épocas y que, por lo tanto, torna posible los tránsitos, en especial el de la reminiscencia (A. Simon). Ahora que no sólo el recuerdo es origen del discurso, el olvido también es susceptible de constituirse en motor narrativo, regulador de la interacción entre los personajes (J.-J. Vincensini).

La segunda parte plantea la existencia de formas específicas de la temporalidad, que confrontan un tiempo cósmico de referencia, ajeno a los sucesos y actores que, sin embargo, se inscri-

⁴ D. Creissels, *Éléments de syntaxe générale*, Paris, PUF, 1995.

⁵ J. G. Moreno de Alba, *Valores de las formas verbales en el español de México*, México, UNAM, 1978, p. 18. El autor señala “es difícil encontrar en el material recogido ejemplos totalmente satisfactorios para este uso específico del presente”.

ben en él y un tiempo que es vivido como experiencia individual, con la eventualidad de un tercer tiempo, social y cultural, regulador de los tránsitos y transformaciones entre los dos primeros. El surgimiento del tiempo es un tema frecuente en las distintas mitologías: al no ser regulado es fuente de caos, por ello exige un orden que, para muchas culturas, surge con el calendario. Independientemente de las condiciones de su regulación, el orden temporal establece un equilibrio que atempera el flujo de los sucesos, imponiéndoles un ritmo (I. Klock-Fontanille). El tiempo mítico de los orígenes y el del fin escapan al hombre, no así los tiempos litúrgicos y cotidianos que aparentemente se inscriben en la parte mediana de la flecha del tiempo. No obstante, la tensión entre los tiempos divinos y humanos, y entre tiempo mundano y tiempo subjetivo da lugar a distintas estrategias de resolución.

Dentro del orden cósmico del tiempo, articulado en épocas pasadas, presentes y futuras, la ambivalencia del presente, su “polisemia”, representa un problema en la medida en que lo mismo sirve como punto de referencia —mirada tradicional sobre el presente como un instante que da origen a la localización temporal— que como presencia —avatar de la eternidad o, al menos, de duraciones no acotadas—. J. Escande contrasta el tiempo bíblico del Génesis y del Apocalipsis, para subrayar el papel del presente, no como un tiempo de referencia, sino como una mediación, como el lugar de un tránsito en donde se plantea la tensión entre el comienzo y el fin, desde donde el sujeto adopta sus puntos de vista, la anticipación y la espera del fin de los tiempos. H. Parret aboga por una dialéctica bachelardiana del instante, en donde el presente no surge de la eternidad sino que se despliega como tiempo vivido: la intensidad de la experiencia presente suspende el tiempo y lo torna presente, un presente eterno que da cuenta de la eterna actualidad del instante vivido.

Para M. Castellana, la secuencialidad entre sucesos no es un simple encadenamiento sucesivo, sino el lugar donde se despliega una evenemencialidad compleja, hecha de recorridos incom-

patibles con la irreversibilidad del tiempo, como sucede en los rituales, la escatología y la adivinación. La institución de la eucaristía en los Evangelios es, para L. Panier, el tiempo presente de una actualización cuyo valor descansa en la iteración: esta figura instauro el tiempo de su convocación reiterada y su valor reside tanto en la singularidad del acto presente como en el tiempo del recuerdo, que da cuenta de la continuidad y de la permanencia; su orientación hacia un fin constituye una semiosis abierta pero no intrínsecamente infinita.

I. Darrault plantea, desde la teoría de las instancias enunciantes de J.-C. Coquet, la inscripción de la experiencia subjetiva en la existencia en términos de un conflicto cuya resolución admite la adopción de dos estrategias: por un lado, la fusión mística del sujeto en el cosmos y, por el otro, la exacerbación de su sensibilidad hasta lograr una captación, aunque sea efímera, de la eternidad. Si la primera estrategia conduce al abandono de la experiencia sensible del tiempo (régimen de dependencia: paso del sujeto al estatuto de no-sujeto y primacía del tercer actante), la segunda, por el contrario, se apoya en la intensidad paroxística de la inscripción sensible del sujeto en el mundo (régimen de autonomía: la instancia sujeto hace uno con la del no-sujeto).

N. Couegnas propone otras dos otras estrategias para conciliar, si no es que resolver, las aporías entre tiempo experimentado y tiempo de la existencia: la que consiste en hacer de la fenomenología del tiempo una historia y la que torna la historia en una fenomenología. Ambas estrategias son respectivamente representadas por dos autores: Proust y Yourcenar. En un caso, si los objetos no existen independientemente de su captación, la experiencia sensible hará del recuerdo una re-presentación del pasado en el presente. En el otro, la inscripción del tiempo humano en el tiempo cósmico hace de la experiencia temporal el lugar de una captación estética de la historia que logre la conjunción entre diferentes ritmos y duraciones del tiempo.

Por su parte, A. Wrona considera una doble confrontación al interior del tiempo como contenido temático entre novela y ci-

clo novelesco, que da lugar al tiempo épico. Aparecen, entonces, desajustes temporales por cuanto un tiempo inserto en otro tiempo tiende a adelantarse o atrasarse, si no es que a suspenderse.

En el terreno de las mediaciones entre existencia y experiencia, D. Maddox sostiene que la confrontación de regímenes temporales da lugar no sólo a ajustes y desajustes sincrónicos, sino también a procesos de crono(des)sintonización del tiempo mundano con el tiempo experimentado: biorritmos, horas y hábitos introducen en el juego al sujeto, quien desde su cuerpo mismo asume distintas formas de vida al orientarse escatológicamente en el mundo.

El tiempo no es uno, más bien es un conjunto de ajustes temporales que involucran a un sujeto sometido a prácticas discursivas culturales. C. Calame hace de esta tesis materia para una poiética historiográfica que da lugar a una concepción antropológica y pragmática de la historia. En consecuencia, mimesis 2, el momento de la configuración en Ricoeur, no puede ser simplemente una puesta en intriga, sino que es el lugar de una sutura entre las formas sociales de hacer historia y la historia como saber. Esa poiética, que también es una poética de la historia no es un mero revestimiento expresivo o estético, ni es privilegio exclusivo de la ficción; por el contrario, constituye el instrumento para establecer un régimen de verdad en la historiografía que torne verosímil e inteligible lo advenido.

Las contribuciones de la tercera parte subrayan el carácter rector de algunas figuras temporales, que dan lugar a modulaciones que afectan la consistencia modal, aspectual y pasional de los actores, al tiempo que declinan esas figuras al inscribirlas en formas de vida, como sucede con el instante.

El ejemplo de Balzac que J. Fontanille toma como *corpus* le permite plantear los vínculos entre existencia y experiencia como una confrontación entre regímenes basados en formas distintas de gestionar la velocidad del tiempo, las cuales ponen a prueba la competencia del sujeto. Al estabilizarse, las distintas formas de gestión del tiempo se axiologizan; esos regímenes se tornan

normas de conducta constitutivas de ideologías. Figuras como la inmediatez, la sorpresa, la precipitación, etc., son otros tantos indicios de la confrontación entre regímenes opuestos y constituyen puertas de entrada para su descripción.

El instante también es abordado por D. Bertrand, no con una connotación social negativa como en el caso anterior, sino como modo de acceso a la emoción. La enunciación emotiva suspende toda protensión y retención, rechaza la duración y el aplazamiento en provecho de la inmediatez y la intensidad y hace de la sintagmática del discurso el terreno de la aposición y la parataxis, en donde cada enunciado se torna autónomo y se vincula a los demás por acumulación.

La explosión es otra figura del instante que I. Merkoulova trata en referencia no sólo al *Big Bang* cosmogónico y la termodinámica de Prigogine, sino también con relación al texto póstumo de Lotman. El momento de la singularidad extrema produce la paradoja de su contracción: la condensación temporal extrema produce su propia duración y constituye un germen de nuevos valores. Esta paradoja es llevada a los ámbitos de la inspiración artística, de los instantes cruciales (momentos de prueba) y le permite abogar por el instante como forma de vida: vivir la vida día con día.

L. Tatit e I. Lopes muestran que una modulación cursiva en la canción brasileña se produce entre letra y melodía. La conformidad entre estos dos aspectos del discurso permite la regulación del *tempo* musical y prolongar la duración de la conjunción con los valores en juego al acelerar o tornar lentos los tiempos.

En cuanto a los juegos que se establecen entre el pasado y el futuro, D. Tsala examina el juego de contraprestaciones (supuestas o reales) que la mercadotecnia pone en juego a través de las promociones publicitarias que buscan “fidelizar” al consumidor. En contraste con la sucesión inmediata de los actos de compra y venta, explora tres estrategias distintas: el otorgamiento de bonos o vales de descuento, el regalo y el otorgamiento de puntos canjeables. En cada uno de ellos se pone en marcha un régimen

específico de la temporalidad que se apoya en un simulacro específico del cliente basado en la competencia modal que se le atribuye. A partir de esas confrontaciones modales, notoriamente, entre el deber y el querer, se producen formas manipulatorias específicas que juegan con el aplazamiento o la inmediatez en la satisfacción de deseos y obligaciones.

Tiempo atrás D. Bertrand había comprendido el sintagma narrativo de la venganza, desde una perspectiva etnosemiótica.⁶ Toca el turno ahora a J. Alonso de tratar el mismo motivo a la luz de la semiótica tensiva como la coexistencia de excesos y carencias temporales. Si la venganza es infinita es porque crea su propio origen, construye su antecedente, la ofensa que le da sentido. Al hacerlo, transforma las propiedades de los momentos temporales: el pasado se torna omnipresente, el futuro nunca llega y el presente se conforma como un pasado siempre vigente. Detención de tiempo que, sin embargo, se acelera con la inminencia del acto de venganza, pero que retorna a su estado inicial en virtud de que nunca se satisface.

Comentarios finales

La lectura de este libro colectivo sería imposible si se hiciera con el fin de responder a la desmesurada pregunta ¿qué es el tiempo? Ni siquiera si se precisara que el tiempo de referencia es el tiempo significado y no la significación del tiempo. Al subrayar la especificidad de las distintas contribuciones que comprenden el volumen, ha sido posible destacar la pertinencia de las descripciones de los efectos temporales expresados en discursos particulares y reconocer las diversas modalidades de la manifestación temporal.

Con esto queda claro que el tiempo no sólo es un factor de ordenamiento secuencial sino que, como figura, se despliega en

⁶ D. Bertrand, "La vengeance est un plat qui se mange cuit", *Problématiques des motifs, Actes Sémiotiques-Bulletin*, 16, París, EHESS, 1980.

una variedad compuesta de rasgos contrastantes y, lo que es más, no sólo impone un orden sino que, en su diversidad, gobierna. No es, pues, un efecto de sentido superficial, como quien diría superfluo, sino que asume un papel promotor del sentido.

De esta manera, llegado el tiempo de la lectura será posible atribuirle su propio estatuto semiótico. Un recorrido de lectura, si bien es susceptible de asumir la propuesta del orden y la distribución de las contribuciones, sólo es efectuado por el orden efectivo de su ejecución. En múltiples circunstancias no se lee desde el inicio hasta el final, aunque al final de la lectura se haya leído todo, es decir, de inicio a fin. Mi lectura responde al principio de que el enunciatario también forma parte de la enunciación: su programa narrativo también construye sentido, siempre y cuando esa construcción sea sensata.

La pertinencia de las alternativas de orden en la lectura se dirime no sólo por el hecho de que otros lectores acepten una de esas propuestas, y con ello lleguen a un estado feliz de apropiación del contenido (lleguen a una comprensión del tema leído), sino también por la naturaleza, importancia y seriedad del tema. Hacer justicia al tema supone que éste es también un destinador juez que exige reconocimiento de su autoridad. Juez benévolo cuando el tema es sencillo (¿existen temas sencillos?) pero terrible cuando el tema no es uno sino múltiple, cuando el tema se torna *temática*.

Que el tiempo más que tema es temática, e incluso problemática, resulta aparente para cualquier lector, por poco que se sus-traiga a la vida cotidiana y abandone la actitud sapiente que añoraba San Agustín cuando lamentaba entender el tiempo si no pensaba en él y no entenderlo en tanto lo pensara. Si el libro aquí reseñado plantea su unidad temática (*la temporalidad*, con artículo definido singular, de valor anafórico) también se caracteriza por la diversidad de sus regulaciones (*regímenes semióticos*, en plural).

Queda claro que considerar al tiempo como uno es excesivamente reductor y estéril para una teoría semiótica. Pero por otra

parte, en su contribución, J. F. Bordron nos advierte que multiplicar los puntos de vista nos hace correr el riesgo de perder “el profundo sentimiento de univocidad” con respecto al tiempo.

La temporalidad rompe con la unidad aparentemente impuesta por una pretendida flecha inmutable del tiempo para subvertir la linealidad y desplegarse en un espacio atravesado por múltiples tensiones (ruptura de la flecha a la que nos invita la introducción a esta compilación). Que el tiempo no sólo va sino que también viene es algo que ha sido señalado tanto en la fenomenología (la metáfora heracliteana del tiempo-río en Merleau-Ponty) como en la lingüística (a través de las metáforas-ego y metáforas-suceso del tiempo)⁷ y que en el presente volumen se plantea a través de la distinción entre tiempo de la existencia, que supone a un observador desembragado de la situación de referencia, y tiempo de la experiencia, en donde el observador se torna sujeto inmerso en el flujo temporal. Tiempo hecho de ires y venires pero también hecho de anticipaciones y retrospectaciones: caminos transversales, atajos que nos sitúan en las vicisitudes del *entonces*, de las que hay justamente que reconocer su multiplicidad, su variedad.

Por mi parte, elegí comenzar mi lectura con un movimiento de alejamiento con respecto a las certezas de mi cotidianeidad, al abordar aquellas contribuciones que se refieren a tiempos lejanos: relatos míticos, bíblicos, pero también relatos fantásticos o legendarios e, incluso, una reflexión general sobre el tiempo histórico y el antropológico como mediación entre el tiempo cósmico y el tiempo vivido. Relatos que plantean en primera instancia su carácter ajeno a mí, que cuestionan mi etnocentrismo, ponen a prueba mis anacronismos, que me sitúan enfrente su estatuto de relatos sobre tiempos sociolectales ante los idiolectos que varias contribuciones abordan. Al respecto,

⁷ E. Closs-Traugott, “On the expression of spatio-temporal relations in language”, en J. H. Greenberg, C. A. Ferguson y E.A. Moravcsik, *Universals of human language*, t. 3, Stanford University Press, 1978, pp. 369-400.

me hubiera gustado un mayor énfasis sobre dos cuestiones. Por una parte, atendiendo a la cita de D. Creissels ya mencionada, darle mayor amplitud al examen del papel de la morfología temporal del verbo en su relación con otras marcas de temporalidad en los enunciados y con referencia a lenguas no indoeuropeas. Por la otra, tratar con detenimiento el tiempo ritual en culturas no occidentales, siguiendo la distinción clásica de A. van Gennep entre fases preliminares, liminares y postliminares del rito: abordar específicamente el “tiempo” de la liminaridad en donde, en palabras de I. Geist, se ofrece

la posibilidad de considerar el ritual no como un mero retorno al pasado mítico, sino como una dinámica, dentro de la cual se abre un horizonte que potencializa la experiencia de un tiempo auténtico.⁸

Ese régimen, voluntariamente asumido, de desfamiliarización, de distanciamiento, permite desplegar entonces la diversidad cultural de las figuras del tiempo (signos-iconos como los llaman J. Fontanille y D. Bertrand).

Sin negar en lo absoluto la pertinencia del recorrido de lectura propuesto por los compiladores, la estrategia de lectura aquí adoptada tiene que ver más bien con el déficit de competencia del lector. Sin embargo, este otro recorrido no rompe totalmente con aquel contrato, puesto que asume como propios los “tres niveles de pertinencia semiótica del tiempo” que reconocen —régimenes temporales, figuras temporales y rasgos figurativos del tiempo—. Al ser una estrategia de distanciamiento con respecto a las certezas del prejuicio, la lectura que hemos realizado responde, en todo caso, al requisito inicial de desembrague por medio del cual el lector se separa del *ahora* para instalarse en un *entonces extraño* que llega a ser el de nosotros mismos, el de nuestra individualidad y contemporaneidad. Bajo esta condición,

⁸ I. Geist, *Liminaridad, tiempo y significación. Prácticas rituales en la Sierra Madre Occidental*, México, INAH, 2005, p. 19.

es posible que el lector inicie el recorrido iniciático que le permitirá plantear la pregunta (que no responderla) sobre el sentido del tiempo.

Roberto Flores

Natalia Radetich, *La risa y el quebranto*. México: CONACULTA-FONCA, 2005, 271 pp.



En el ensayo sobre la risa, publicado por Natalia Radetich, estamos ante un texto sorprendente, lúcido e iluminador sobre un fenómeno cardinal de la experiencia íntima y social. La risa aparece aquí como uno de los comportamientos determinantes de la experiencia humana. No obstante, su sentido es inquietante, equívoco, incierto, y su naturaleza compromete al mismo tiempo la comprensión, el conocimiento, los juegos de lenguaje, los instrumentos retóricos, los gestos, la experiencia de lo imperativo, la fuerza de la necesidad y los mecanismos de la compulsión. Señala momentos singulares y privilegiados de la relación social, formas de la interacción con el otro, percepción de lo contingente y recursos interpretativos. Está asociada a la invención humorística, a la irrupción de lo imprevisto, a los giros de la ironía. Revela facetas del placer y la complicidad, pero también, como momento de la comprensión requiere de una experiencia de distanciamiento frente a lo vivido, una observación viva. Es también una figura del desafío y de la extrañeza ante los imperativos de la *doxa* y de la convención.

La risa, como conducta, involucra no sólo patrones cognitivos, respuestas afectivas, sensaciones de placer, la experiencia de la

inquietud, o la respuesta ante condiciones conflictivas y contradictoras del proceso social —dominación, jerarquía, condena, liberación, indiferencia, compenetración, compromiso y distanciamiento—, sino que conlleva, además, la participación definitiva de la dimensión biológica del cuerpo, comprometiéndolo siempre a éste en sus múltiples facetas. Es, en primera instancia, el desenlace de procesos de significación, de inferencia; de estrategias interpretativas sobre lo oculto, lo reprimido o lo secreto, o bien de aprehensión inmediata de la anomalía o del acontecimiento.

Los objetos de la risa son potencialmente infinitos y apuntan a todas las dimensiones del acontecer y a todas las vicisitudes del sentido: alude a los vínculos, las formas normativas de la sociedad. Las modalidades de su expresión apelan a todos los recursos de la creación de sentido: percepción, juegos de lenguaje, alusiones, inversiones de sentido, desplazamientos metafóricos, analogías y fórmulas alegóricas. No solamente refieren al acontecer en el mundo, o en la sociedad, sino que buscan hacer del lenguaje, la narración y el vínculo interpretativo, figuras del acontecer.

Esta condición multifacética inagotable, ha convertido a la risa en un objeto de interrogación permanente, al mismo tiempo cardinal y marginal, definitivo y elusivo, relevante y desdeñado. Así, la risa ha sido contemplada y analizada desde incontables puntos de vista, desde distintos marcos culturales, históricos y disciplinarios. No obstante, su sentido, investido de su capacidad de conmover por su carácter incierto e imprevisible, es irreductible a las miradas restringidas de las disciplinas: la filosofía, las teorías del lenguaje, la crítica de la cultura, la mirada antropológica y los andamiajes semióticos. Tales perspectivas han buscado esclarecer los mecanismos de la risa, sus orientaciones, su origen, sus condiciones y sus efectos. La atención que ella ha suscitado ha sido, a pesar de su persistencia y su incesante renovación, parcial, oblicua, fugaz. Se la ha tomado como síntoma o como vía para la comprensión de fenómenos menos frágiles, con una relevancia más nítida y con sentidos más definidos,

con técnicas y recursos de expresión menos dispersos e inesperados.

Es inequívoca la relación de la risa con los marcos de la cultura, las pautas de interacción, los accidentes de las relaciones sociales o las oscuridades de la ética y los imperativos de la norma. Es por lo tanto quizá, uno de los objetos antropológicos más relevantes. No obstante, la atención que la antropología ha prestado a la risa ha sido breve y restringida. Acaso porque al comprometer formaciones fugaces de la experiencia, al derivar e iluminar facetas singulares del vínculo, escapa a la regularidad, a la obligatoriedad, a los patrones de significación instituidos, a las categorías míticas o a la fijeza de fórmulas ceremoniales; escapa también a los instrumentos interpretativos de las disciplinas antropológicas. Involucra plenamente la subjetividad, el placer, las oscuridades de lo inconsciente y los pliegues inaccesibles del comportamiento semiótico. Así, la fascinación disciplinaria —de la antropología, la lingüística, la semiótica, la psicología, el psicoanálisis o la filosofía— se ha acompañado de aproximaciones siempre tangenciales en las que la risa aparece como respuesta suplementaria, parásita, marginal de la creación cultural.

El libro de Natalia Radetich se involucra plenamente con el carácter elusivo de la risa, con su condición equívoca, con la multiplicidad de sus sentidos y sus potencias, con su fuerza creadora y crítica. Transita simultáneamente por los filamentos y los hilos de las variadas, circunstanciales y fulgurantes iluminaciones disciplinarias que con frecuencia han estudiado, aunque de manera casi subrepticia, el tema. Este texto incluye en su reflexión un recuento que va desde los momentos equívocos de la herencia clásica de la filosofía, hasta las vertientes contemporáneas —y que comprometen visiones tan discordantes como las iluminaciones de Parménides, la reflexión implacable de los cínicos, las acotaciones de Kierkegaard, el sentido que Bataille confiere a la risa o la aproximación reveladora, pero siempre tensa y distante, de Bergson, o la aproximación fenomenológica de Portilla—.

Alude, dicho ensayo, a la esfera de sentido que si bien tiene en la risa el punto de articulación, involucra también la fiesta, el relaxo, el humor, momentos y aspectos de la ritualidad, el juego, las invenciones poéticas y los momentos de extrañeza en el lenguaje.

Así, su reflexión no sólo aborda la perspectiva antropológica —aunque los puntos de vista etnológico y etnográfico aparecen como hilo conductor y estructurante de la reflexión—, sino también los estudios sobre el lenguaje, la subjetividad, las representaciones filosóficas, los modos de aprehensión del sentido fulgurante del acontecimiento.

La risa ha sugerido un sentido inquietante, tanto acerca de las posibilidades de extrañeza de objetivación, las fracturas y las vicisitudes de la inteligibilidad, las formas particulares de darse de lo enigmático, como así también las pautas de agresión, quebranto, violencia y al mismo tiempo, las vías de la complicidad. Es, concomitantemente, un modo particular de expresar la ansiedad, la intimidación, la complicidad, el antagonismo de la alianza o de la discordia que iluminan facetas inesperadas de la experiencia social y del vínculo: en esta medida ha suscitado también momentos cardinales de la escritura, pero también de la relación entre la escritura y la risa, de Rabelais hasta Kundera, como objeto de esclarecimiento y como experiencia destinada a una exploración autorreflexiva.

El carácter contradictorio, equívoco, de la risa y su intervención dinámica en las relaciones sociales reclama múltiples miradas que son convocadas por Natalia Radetich para contribuir a esclarecer aspectos intratables de la experiencia de reír. La autora apela no sólo a las aproximaciones fenomenológicas —Portiella y Merleau-Ponty, sino también a los instrumentos reflexivos del pragmatismo de Ch. S. Peirce—, a la filosofía política de Castoriadis, a las reflexiones heterodoxas de Sloterdijk y a diversas miradas antropológicas contrastantes, de Mary Douglas a Lévi-Strauss, o a Jean Duvignaud, cediendo a Victor Turner un papel decisivo en las tentativas de esclarecimiento.

Esta concurrencia de perspectivas contribuye a desentrañar la inscripción dinámica de la risa en los ámbitos de institucionalización y normatividad social y se expresa en afecciones y fisonomías expresivas del cuerpo. La risa es un resplandor significativo de la ruptura radical de los vínculos y de su fusión indisoluble. La risa es, al mismo tiempo, expresión visible de una efusión energética, al mismo tiempo la señal del régimen crepuscular de los impulsos vitales. Así, el vínculo social instaurado por la risa parece plantearle a la antropología un particular desafío, pues por una parte es un momento fugaz de construcción, consolidación o tensión agonística del vínculo. Esto es, en virtud de su carácter imprevisible, de su irrupción, ella interroga los límites y la fuerza de los regímenes y los patrones de sentido: la regularidad normativa. Por otro lado, esa irrupción súbita, intempestiva, revela una calidad singular de los vínculos colectivos, incapaz de ofrecerse a ninguna posibilidad de previsión, aquello que escapa radicalmente a todas las formas normativas y al mismo tiempo aquello que apunta fundamentalmente a señalar la finitud, y eventualmente la futilidad de la norma, de los imperativos.

El texto de Natalia Radetich incorpora a esta reflexión un trabajo etnográfico de particular rigor orientado a poner de manifiesto el lugar de la risa en el horizonte del mundo huichol. Vemos así, que la risa está comprometida de manera crucial en el proceso ritual a través de personajes bufos, prescripciones ridículas, episodios de provocación o de trasgresión. Podemos decir, entonces, que la risa aparece en el ritual como un modo de la significación “negativa”, una figura singular de la libertad y la indeterminación semióticas, que es al mismo tiempo una señal particular de efusión incontenible, de experiencia compulsiva e irresistible —el eclipse mismo de la libertad—, ahí donde la acción humana se toca con la extrañeza y la necesidad, ahí donde la respuesta de la risa sugiere un particular imperativo, un particular momento en el cual el control de sí mismo cede y abre un conjunto de potencias de significación al régimen mismo de la conciencia.

Freud había advertido que la risa se muestra, sobre todo, vinculada a formaciones propias de la expresión verbal que emergen en condiciones específicas del vínculo con el otro, que acotan y disipan las formas del actuar que escapan radicalmente de la conciencia y que señalan las dinámicas y las vicisitudes de esta condición extrínseca a toda posibilidad autorreflexiva. No obstante, la risa se inscribe en formas de regularidad —de significación, normativas, de vínculo— de las que arranca, negativamente, su fuerza de liberación y de relajamiento. Recurre a modos inauditos de recomposición de los signos, a formas imprevisibles de estrategias para crear efectos de sentido, modos y formas que eluden —estrictamente hablando— toda posibilidad de experiencia inequívoca y de significación instituida, pero que encuentran cabida en las figuras festivas, los personajes y la escenificación ritual que compromete el cuerpo, la gestualidad y eventualmente el placer como estructura del lazo comunitario.

La risa señala, entonces, los linderos del proceso de normatividad, de las potencias del cuerpo, de la significación de los lenguajes, de las calidades de la afección, de los horizontes del vínculo. Se inscribe en las condiciones limítrofes —liminares— de lo que se podría llamar la periferia de la cultura, en sus espacios de frontera que son ajenos a los ordenamientos constitutivos y, sin embargo, la risa aparece como una expresión más radical de lo humano. De ahí quizá su incorporación al ámbito de las zonas singulares de lo sagrado y de ahí quizá su participación privilegiada en ciertas pautas significativas del proceso ritual, de ahí también, tal vez, su posibilidad de encontrar un momento único en la recomposición estructural de los procesos instituidos.

La risa acoge, pues, el refugio específico de los momentos liminares, de los momentos de transición, de los momentos particulares de irrupción de lo imaginario y de las formas de la creatividad que —sin comprometerse con un ideal ético o una figura del placer— sin duda invisten y definen todo proyecto protegiéndolo de la mutación de la identidad, y presuponen y

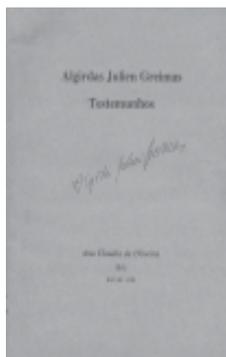
preparan las formas particulares de objetivación del proceso simbólico.

El libro de Natalia Radetich, en este desplazamiento por los pliegues disciplinarios, es, en sí mismo, un ejercicio liminar sobre el sentido de la liminaridad. Por lo tanto, en esta doble vertiente —en esta composición singular y acaso excepcional de puntos de vista, de aproximaciones teóricas inesperadas, de experiencias de escritura, de referencias disciplinarias y contradisciplinarias— se trata de una obra que no tiene precedentes en sus aportaciones a la reflexión crucial y necesaria, aquella que cuestione las capacidades intrínsecas de la antropología, en particular, en el contexto de un pensamiento crítico, imprescindible para enriquecer las posibilidades de comprensión de nuestras culturas.

Raymundo Mier

De las adquisiciones del Fondo

Ana Claudia de Oliveira (ed.), *Algirdas Julien Greimas. Testemunhos*. EDUC PUC-SP - USP, Sao Paulo: 1986.



Algirdas Julien Greimas, como se sabe, es considerado el fundador de la Escuela de París, en tanto sus aportaciones teóricas permitieron consolidar el carácter científico de la semiótica. Hoy, dedicamos la presente reseña al libro *Algirdas Julien Greimas Testemunhos*, el cual es una pieza bibliográfica del *Fondo Greimas de Semiótica* del *Programa de Semiótica y Estudios de la Significación*. Este breve libro pone en evi-

dencia la incansable labor teórica de Greimas. A través de sus páginas, el lector puede presenciar cuáles eran sus planes futuros de trabajo en la semiótica: las perspectivas y los horizontes fijados y el proyecto general para resolver las cuestiones fundamentales en esta ciencia. Las anotaciones contenidas en *Testemunhos* fungen como una extensión de la memoria de A. J. Greimas y en ellas se hacen presentes sus preocupaciones más inmediatas. Por lo anterior, y por el escaso conocimiento que existe sobre esta publicación, creemos que es importante dedicarle un espacio crítico de recuperación.

El libro se nos ofrece como una muestra de los pendientes teóricos de A. J. Greimas, principalmente de su urgencia por hacer que las ciencias del lenguaje interactúen con el resto de las ciencias, y, al mismo tiempo, de su interés por lograr el establecimiento de los límites de la semiótica.

Testemunhos reúne textos de y sobre Greimas; está dividido en tres cuerpos: el primero se fundamenta en un grupo de anotaciones —del lado derecho, aparecen reproducciones de las notas en su original y, del otro, emergen las transcripciones. Ambos (imagen del original y transcripción) están en francés. En estas notas se evidencia la continuidad de su trabajo: el estudio del plano de lo sensible. Cabe recordar que sus investigaciones anteriores tenían por objeto de estudio, principalmente, lo inteligible. De esta manera, Greimas ofrecía la posibilidad de abarcar las dos caras de la significación (sensible/inteligible). Las notas giran alrededor del estudio de las pasiones (del cuerpo) y de los sentidos y, al mismo tiempo, de cómo éstos se mueven en el interior de la categorización *sentido-razón*. El sentido menos racional, para Greimas, es el olfato; y el más racionalizado es el sentido del gusto. El sentido del olfato se encuentra más cerca de lo sensible porque, etimológicamente, *senteurs* (fragancias) se deriva del verbo francés *sentir* y es esto lo que lleva a Greimas a considerar al olfato como el sentido menos racionalizado. En tanto que el sentido del gusto se racionaliza al utilizarse como un calificativo para la dimensión cognitiva: tener buen gusto.

En sus notas, Greimas también considera el contexto de su objeto de estudio, pues espacio y tiempo determinan el sentido de un signo, su valor ante una sociedad. Por tal motivo, concluye, hay algunos signos que son considerados pasiones y otros son, únicamente, estados de ánimo. El autor pone un ejemplo: la avaricia es una pasión, el simple prodigar algo, no lo es. Tales procedimientos reflexivos nos llevan a hacer del mundo, un mundo significativo. Además, estos también propician una metodología congruente con el fin de establecer una semiótica de las pasiones. Para tal efecto es necesario ir más allá de la descripción de los fenómenos lexicales, pues se requiere describir los estados afectivos que conducirán a los dispositivos modales. Los dispositivos modales, a pesar de estar supeditados a una cultura, deben estar contruidos por la semiótica de tal modo que sean “universales” o “primitivos”; no obstante, deben ser susceptibles de recibir la sensibilización particular de tal o cual cultura, además de ser considerados como denominaciones de afectos. Por tal razón, la semiótica debe tomar en cuenta lo siguiente: a) estudiar los dispositivos modales independientemente de su sensibilización con el propósito de alcanzar la universalidad; b) definir los roles patémicos como dispositivos susceptibles de ser sensibilizados.

La segunda parte se conforma con el artículo *Novos desenvolvimentos nas ciencias da linguagem* (la traducción del francés al portugués estuvo a cargo de Norma Tasca) que el mismo Greimas publicó (en francés) en la revista *Nova Renascença* y en portugués en *Cruzeiro Semiótico*, cuya problemática principal es la consolidación de las ciencias del lenguaje como tales. Para esto, Greimas propone que es necesario fundamentar sus bases epistemológicas considerando únicamente los cambios más importantes que esas disciplinas presentan, es decir, no permitir que la moda se apodere de los estudiosos, fenómeno que impide ver aquellos problemas que son trascendentales. La dificultad de la fundamentación epistemológica se hace notoria en el aspecto de la especialización de las ciencias del lenguaje, pues ella nunca

está dada con claridad: sus problemáticas y métodos son múltiples, y parece ser que se traspasan unas a otras. Sin embargo, la carencia de límites claros permite vislumbrar una virtud: la interdisciplinariedad. De hecho, Greimas declara que este aspecto es inherente a las ciencias humanas y, además, permite un enriquecimiento que se da a través del intercambio de información. Por medio de este último, es posible ubicar los intereses y las problemáticas de las ciencias participantes; al hacerlo, se puede avanzar en la consolidación epistemológica y metodológica.

Otro punto que debe considerarse es la inclinación filosófica de las teorías del lenguaje. Greimas menciona dos importantes escuelas de las que han partido: la filosofía analítica y la fenomenología. Ambas escuelas son la base de los estudios sobre el lenguaje, los cuales se realizan desde dos perspectivas: la lógica del lenguaje (cuyo fundamento está dado por la filosofía analítica), y la lingüística de inspiración saussureana y hjelmsleviana. La primera perspectiva ha trabajado muy de cerca con la inteligencia artificial. Cabe recordar que los esfuerzos de la lógica del lenguaje han estado orientados a cimentarse epistemológicamente a partir de los planteamientos de las ciencias exactas; pero esto no había sido posible hasta hace algunos años cuando aparece la teoría de las catástrofes, de René Thom, que ha instaurado la posibilidad de un estudio menos algebraico de las ciencias duras, esto es, más acorde con el comportamiento del lenguaje como objeto de estudio.

Desde la postura fenomenológica, el carácter no axiomático de los estudios sobre el lenguaje ha sido visto con más claridad. Por tal razón, estos estudios han podido ser asumidos desde la semiótica y la pragmática. Son, finalmente, estas disciplinas las que han permitido que se acuñe el término *ciencias del lenguaje*: la semiótica está encargada del análisis de los procesos de significación en el lenguaje verbal y el no-verbal; la segunda, está preocupada por la aplicación real (en contexto) del objeto de estudio de la semántica.

El término *ciencias del lenguaje* también es positivo porque permite instaurar una problemática de base que pueda agrupar varias disciplinas y delimitar mejor su epistemología.

A primera vista, la lógica y la lingüística parecen ser teorías separadas, incluso contrarias, pero no es así. El punto que las reúne es el objeto de estudio y sus problemáticas. Ante esta evidencia, Greimas propone crear una plataforma en la que esté permitida la copresencia de las investigaciones de tendencia lógica y las de inclinación fenomenológica. Porque, curiosamente, el desarrollo de la lógica ha ido al mismo paso que el de la semiótica: existe una complementación, pues para una lógica de la acción hay una semiótica de la acción.

El carácter humano de las ciencias del lenguaje es, probablemente, la principal justificación que tienen, ya que sus investigaciones posibilitan una comprensión mayor del hombre al permitir interpretar sus acciones, pasiones y la forma en cómo interactúa (colectiva e individualmente).

El discurso también es una justificación de las ciencias humanas, pues los estudios que se le han dedicado evidencian la interacción humana. El discurso ha creado la idea de que las acciones humanas pueden ser ordenadas y sometidas a análisis organizados. En la lingüística, el discurso es visto como algo que significa. De ahí, el interés por profundizar en el circuito de la comunicación (emisor, código, receptor), principalmente en los actores: su competencia, manipulación, poder hacer y saber hacer, y la intersubjetividad dentro del discurso.

En este artículo también se ponen de manifiesto las aportaciones que las ciencias del lenguaje han hecho a disciplinas como la inteligencia artificial al dilucidar el desarrollo de la programación, por ejemplo, en los videojuegos.

Al final del artículo (que apela a la minuciosidad y el cuidado), Greimas advierte del riesgo de que las investigaciones se simplifiquen excesivamente. Por otro lado, las investigaciones que son capaces de englobar grandes problemáticas (aún asu-

miendo su generalidad y su inteligibilidad) no pueden evitar pasar por alto ciertas cosas.

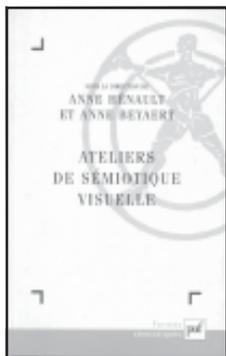
Entre otras dudas, Greimas se pregunta si sería necesario (para favorecer el impulso de unas ciencias con respecto a otras) considerar la extensión del campo de acción de las ciencias, ya que algunas ciencias sociales interactúan con las tecnológicas. En este caso, la comunicación involucra varios campos, como el audio-visual, por ejemplo, pero para que ésta sea verdaderamente útil es necesario dotarla de mayor coherencia, de tal modo que sea más descriptiva.

Greimas también concluye que las ciencias del lenguaje poseen homogeneidad inherente, aunque nosotros les agreguemos partículas como *inter*, *multi*, *pluri*, etc. No se puede hablar de interdisciplinariedad por el sólo hecho de yuxtaponerlas o hacer que nos ofrezcan terminologías diferentes y, del mismo modo, tratarlas como si fuesen disciplinas aisladas. Por el contrario, la interdisciplinariedad debe entenderse como el enriquecimiento a través de la distinción de sus diversas problemáticas. Es a partir de este reconocimiento que puede plantearse una metodología conjunta que coordine las investigaciones de dichas ciencias.

Greimas finaliza con un tema muy importante: el carácter ético de las disciplinas humanas y sociales, y la necesidad de que la UNESCO defina su colaboración con ellas.

El libro cierra con una entrevista realizada por Laimonas Tapinas a Eric Landowski, por sus importantes aportaciones teóricas a la semiótica. En dicha entrevista, Landowski llama la atención sobre el carácter interdisciplinario de la semiótica.

A lo largo de toda la lectura, reconocemos el interés de Greimas por establecer la interdisciplinariedad de la semiótica con relación a las demás ciencias humanas, asimismo, el de reconocer que un estudio semiótico debe tomar en cuenta el plano de lo sensible y el plano de lo inteligible.



Anne Hénault y Anne Beyaert (dir.) *Ateliers de sémiotique visuelle*, París: PUF, 2004, 249 pp.

Procurando la reflexión teórica y la seriedad heurística, la semiótica no puede dejar pasar, como si fuera un hecho desapercibido, el cúmulo de imágenes que es producto de los alcances tecnológicos y las demandas culturales de las sociedades occidentales. Por lo tanto, en los llamados Talleres de

semiótica visual, se tratan cuestiones acerca de la significación de imágenes publicitarias, obras plásticas y fotografías de moda, garantizando la formalidad en el análisis semiótico. Ya en el preámbulo de *Ateliers de sémiotique visuelle*, Anne Henault afirma que la semiótica ha descubierto y comprobado que las comunicaciones humanas, aunque sensibles y apasionadas, se transmiten, esencialmente, en un nivel abstracto de la significación. El libro que reseñamos consta de once ensayos, los cuales se distribuyen en tres apartados. En el primero de estos apartados se dan a conocer los *Resultados de los primeros talleres de semiótica visual*. En el primer ensayo, de Felix Thürlemann, se analiza la acuarela *Blumen-Mythos*, pintada en 1918, cuya autoría pertenece a Paul Klee. Thürlemann observa dos naturalezas en la obra: en una se presenta como una pintura que, gracias a sus características figurativas, nos invita a una lectura para denominar un gran conjunto de figuras del mundo; la otra naturaleza exhibe un carácter esquemático, el cual, a través de las similitudes y de los contrastes simples entre colores y formas, exige la aprehensión de las múltiples relaciones plásticas sin considerar los parentescos naturales entre los objetos. De esta manera, *Blumen-Mythos* constituye un punto de partida privilegiado por una reflexión sobre la naturaleza semiótica del modo de significación figurativa en pintura.

En el siguiente ensayo, Giulia Cerani (Universidad de Siena y agencia Baba) analiza la campaña institucional de Telecom Italia hecha en el año 2003, donde se intenta representar el silencio por medios visuales: un periódico sin letras, un libro abierto con las páginas en blanco, un auricular telefónico sin los orificios por donde entran y salen los sonidos del micrófono y la bocina, respectivamente. Esta campaña nos da la ocasión de reflexionar, por una parte, sobre la utilidad de la semiótica en el ámbito de la publicidad, y, por otra parte, en la complejidad inmanente de un texto cuya apariencia, a primera vista, puede ser descrita fácilmente. Este análisis va de la manifestación a los valores, pasando por los niveles discursivos y semionarrativos.

El problema de la iconicidad es tratado —a partir del análisis del óleo del pintor barroco alemán Adam Elsheimer: *La fuga de Egipto*, terminada en 1609— por Lucia Corrain (Universidad de Bologne) quien desea saber hasta dónde podemos hablar de realismo o artificio, debido a que, sin el dominio de la semiótica, al realismo le correspondería la cuestión de la iconización, la iconización se encargaría de las figuras ya constituidas, dotándolas de vertimientos particularizantes, susceptibles de producir la ilusión referencial. Pero la iconicidad está formada sobre el establecimiento de un contrato enunciativo de un tipo particular: el contrato fiduciario, el cual se establece entre el enunciadador y el enunciatario.

Los cuatro ensayos siguientes conforman el segundo apartado de *Ateliers de sémiotique visuelle* y son el producto de las *Cuatro sesiones del seminario virtual sobre la iconicidad*. El primero de estos ensayos, escrito por Francis Edeline y Jean-Marie Klinkenberg del Grupo μ (Universidad de Lieja), desarrolla el problema que va de lo sensorial a lo categorial a través de la vista, la percepción y la concepción. El punto de partida de esta problemática comienza con la concepción de visión como el origen del sentido y continúa con la entidad, el umbral y la cantidad, entendidos como mecanismos perceptivos. Luego se plantea la hipótesis de que la categoría nace de la estabilización.

Göran Sönesson (Universidad de Lund) estudia la retórica de las imágenes del mundo de la vida cotidiana a partir de un ensayo de Roland Barthes titulado *La retórica de la imagen*, y de las teorías en torno al concepto de sentido de Louis Hjelmslev. Sönesson divide su examen en cuatro dimensiones. La primera trata los grados de crecimiento de divergencia de la integración esperada en un cuadro que Julian Key llama *La cafetera* y en dos carteles de la serie publicitaria de Absolut Vodka en las ciudades de Venecia y Nápoles, respectivamente. La segunda habla acerca de la similaridad “más o menos” prevista tomando como texto de análisis la obra *Hogar dulce hogar* del grupo Casmo. En la dimensión tercera se analiza una imagen de la serie publicitaria de Absolut Vodka en Roma donde se desarrolla el tema de la realidad. La última dimensión trata sobre los grados de las correlaciones en los usos previstos, donde se concluye que la retórica no es solamente relativa al carácter de signo, propio de la imagen; puede depender de la categoría específica del signo pictural.

Jean Fisette (Universidad de Quebec) presenta algunos elementos fundamentales de la semiótica de Charles S. Peirce. Fisette pretende dar a conocer de manera pedagógica nociones básicas que figuran entre las más precisas y las más originales del pensamiento peirciano, aportados a la reflexión semiótica. Las problemáticas desarrolladas en este ensayo son: el contexto histórico del nacimiento de las nociones: metáfora, hipoicono, la relación del signo con su objeto, la fluidez del icono, el movimiento de la semiosis, la tricotomía del icono y la cuestión de la metáfora como argumento retórico o instancia cognitiva.

Jean-François Bordron (Universidad de París III) plantea que tanto un icono como un signo poseen, en sí mismos, una cierta semejanza. Dicha concepción permite reconocer cómo los iconos, de la misma manera que las imágenes visuales, las onomatopeyas y las representaciones mentales de los signos convencionales pueden tener alguna relación esquemática con los objetos. El ensayo se desenvuelve en torno a la definición general de la iconicidad.

El tercer y último apartado tiene por idea central *El tiempo presente*. El ensayo inaugural de esta sección pertenece a Jean-Marie Floch (Grupo semio-lingüístico del EHESS), quien, motivado por hallar las difíciles relaciones entre las obras pictóricas de Jörg Immendorff, descubre un universo superpoblado e incandescente, donde las formas se agrupan y se desgarran, se superponen o se transparentan. La interrogante que quiere responder Floch gira en torno al estado enunciativo de la creación artística.

Tomando al universo de las apariencias como punto de inicio para analizar el fenómeno de la sinestesia, Odile le Guern (Universidad Lumière-Lyon 2) reflexiona sobre la complejidad de los materiales usados, los cuales constituyen el plano de la expresión, afectando así al plano del contenido, porque se crea una ilusión en el observador, trasladando el proceso de percepción de un sentido a otro: lo visual parece que puede ser tocado. Para explicar esta manifestación óptica, le Guern investiga las características de lo textil y la textura, tanto de la fotografía como de la pintura. Para tal efecto se vale del cuadro *Joven mujer en el tocador*, de Nicolas Reginar; aquí se sostiene que la luz y el color son la sustancia de la expresión de la imagen.

El décimo y penúltimo ensayo estudia la acuarela *En forma de esfinge* de Paul Klee, a cargo de Paolo Fabbri (Universidad de Venecia). La premisa de que Klee no sólo se vale del lenguaje poético y pictórico, sino que también recurre a la música, la naturaleza y la filosofía, conlleva a que se recurra a un análisis semántico y gramatical aplicando el arte verbal de otros poetas-pintores como William Blake y Dovaner Rosseau.

Anne Beyaert-Geslin (Universidad de Limoges) culmina la serie de once ensayos con sus reflexiones en torno a la interioridad en algunos cuadros del pintor Henri Matisse, tomando en cuenta tres aspectos de la perspectiva: la profundidad, el color y las sensaciones. El trabajo se enfoca en encontrar una relación dependiente entre las percepciones para el observador y los dispositivos enunciativos. En este texto van desarrollándose tópicos

como la salida de la ventana (recurrente en la pintura de Matisse), el conflicto de lo figural y lo figurativo, el acercamiento de lo lejano, la protensión y retensión y la legislación de los valores. Se concluye que Matisse, a través de su obra, quiere hacernos perder toda referencia tipológica y axiológica.

Esta selección de ensayos es la continuación de otro proyecto colectivo: *Questions de Sémiotique* (2002). *Ateliers de sémiotique visuelle* se apoya en las obras teóricas de Ferdinand de Saussure, Charles S. Peirce y Algirdas Julien Greimas, reagrupando una variedad de trabajos clásicos y actuales, representativos de la evolución de la disciplina y centrados en la noción clave de la iconicidad. Estos *Ateliers* ofrecen un iluminador acceso a la problemática de la imagen mediante las teorías del lenguaje.

Víctor Alejandro Ruiz Ramírez

Actividades académicas y editoriales

* Del 19 al 21 de abril de 2007 se realizó el Coloquio de la Asociación Suiza de Semiótica: *El cuerpo figurado*. Universidad de Zürich.

* Del 16 al 18 de noviembre de 2007 se celebró en París el congreso de la Asociación Francesa de Semiótica (AFS) *Rencontres sémiotiques: les interfaces disciplinaires, des théories aux pratiques professionnelles*.

* Del 29 de mayo al 1 de junio se llevó a cabo el VIII Congreso de la Asociación Internacional de Semiótica Visual (AISV-IAVS) en Estambul, Turquía. La organización estuvo a cargo de la Ýstanbul Kültür University.

* El Programa de Semiótica y estudios de la Significación organizó, del 11 al 17 de junio de 2007, el X Curso de Especialización en Semiótica, titulado: *Semiótica y Axiología*, a cargo de

Denis Bertrand de la Universidad de París 8, Francia. Este curso se llevó a cabo en la BUAP, Puebla.

* Del 11 al 17 de junio se realizó el IX Congreso Mundial de la Asociación internacional de Semiótica (IASS/AIS) que tuvo por título: *Communication: Understanding/Misunderstanding*. La sede fue en Imatra, Helsinki.

* Del 7 al 10 de noviembre de 2007 se llevó a cabo el VII Congreso Nacional de la Asociación Argentina de Semiótica: *Temporalidades. El tiempo de los relatos, de los objetos, de las representaciones, de los imaginarios*, en el Centro Cultural Bernardino Rivadavia en Rosario, Argentina.

* Del 27 de noviembre al 1 de diciembre de 2007 se realizó el V Congreso Internacional de Semiótica *Inter(art)cciones: semiótica y estética de las artes y del diseño hoy*, en Mérida, Venezuela.

* La editorial PULIM (Presses Universitaires de Limoges), fue fundada en 1991 con el propósito de dar a conocer las investigaciones científicas tanto de docentes como de estudiantes de la Universidad de Limoges, como de sus colaboradores en el ámbito nacional e internacional. Para el lector y el especialista que buscan la divulgación y el conocimiento científico formal, esta editorial contribuye en la construcción de sus exploraciones en el amplio mundo del saber. Los tópicos tratados en sus publicaciones se hallan bien delimitados, y son los siguientes: arqueología, arte y estética, derecho, francofonía, geografía, historia, lingüística, literatura, ciencias económicas, psicología, ciencias de la educación, sociología, ciencias exactas y semiótica. En ésta última área, se han publicado alrededor de ciento treinta títulos. En la actualidad, PULIM se encuentra bajo la dirección de Jacqueline Hoareau-Dodineu; las instalaciones se ubican en el centro mismo del Campus Vanteux. Para mayor información se puede consultar la página de internet www.pulim.unilim.fr